



El “Credo mariano” de San Gabriel de la Dolorosa. Principios metodológicos para una Mariología experiencial¹

Antonio María Artola, C.P.

1. Un texto mariano singular

El año 1896 el Ven. P. Germán de san Estanislao CP, publicaba la primera edición de los *Escritos de san Gabriel de la Dolorosa*². Era una sencilla colección de cartas familiares con algún que otro texto menor de naturaleza ascética. Pero aquella edición contenía una verdadera joya. Era una composición del Santo que no llevaba título alguno³, pero que entre sus devotos es conocida como el *Credo de Ma-*

¹ Texto leído el 6 de diciembre de 2004, en el XXI Congreso Mariológico Internacional de Roma (4-8 diciembre del 2004) con el título de *La fe, forma radical de acogida a la acción divina en la Historia. El “Credo Mariano” de San Gabriel de la Dolorosa*.

² *Lettere ed altri scritti Spirituali del Ven. Servo di Dio Gabriele dell’Addolorata, della Congregazione dei Passionisti, per cura del P. Germano di S.Stanislaio, della stessa Congregazione*, Milano, 1896, pp. 125-131.

³ No es uniforme la terminología que se utiliza para designar el escrito de san Gabriel. El original no llevaba título alguno. El confesor del santo –Ven. P. Norberto Casinelli– habla de *Símbolo della Madonna*. En el texto presentado a la revisión canónica de los escritos, el Ven. P. Germán le puso como título *Symbolus Marianus*. Con este título se subrayaba el sentido de contraseña o *distintivo mariano*. Pero el uso posterior ha preferido el neutro *symbolum* que se utiliza para designar los símbolos de fe en la terminología eclesiástica. (v.g. *Symbolum Apostolorum* etc.). Luego el uso ha preferido este último sentido, de ahí la variante de *Credo Mariano*. Este *Credo* ha entrado a formar parte de las prácticas piadosas marianas. Así el agustino P. Valerio Rodrigo lo incluyó entre las devociones marianas en su devocionario *Luz y consuelo del alma* (Madrid, 1955) como la primera de dichas prácticas, con el título de *Símbolo Mariano* (pp. 354-357).

ría. A la muerte de su autor desapareció ese escrito suyo⁴. Lo habían sustraído los devotos para conservarlo como reliquia. Así desapareció el manuscrito del Credo. Pero cuando se realizó la recogida de los escritos para el proceso de beatificación, el devoto poseedor del Símbolo entregó cuidadosamente su preciada reliquia. Inmediatamente fue transcrito en el convento de los Santos Juan y Pablo de Roma, debidamente autenticado, y sometido a revisión canónica. El texto fue añadido al dossier de los escritos gabrielinos el 1 de diciembre de 1894. El 4 de junio de 1895 se expedía el decreto de la revisión realizada⁵. La edición de 1896 era parcial y deficiente. Se realizaron varias otras más completas⁶, pero la edición crítica se ha hecho esperar hasta el año 1986.⁷

El Símbolo fue compuesto en el último período de la vida de San Gabriel entre los años 1860-1861⁸. Consta de siete partes, de siete artículos cada una⁹. La composición del credo fue una forma de cumplir

⁴ En la deposición procesal para la canonización de Gabriel, su director espiritual el Ven. Norberto de Santa María recordaba sencillamente lo siguiente: «Había compuesto para sí un símbolo que llama Símbolo de la Virgen, símbolo que bien guardado, lo llevaba pendiente del cuello con protestas de devoción a su querida Reina y Señora. Si mal no recuerdo, cuando lo compuso y trataba de copiarlo para colgárselo al cuello, me suplicó e importunó para que le permitiese escribirlo con su propia sangre. No le concedí el permiso, por eso lo escribió con tinta. Siento de veras no poder dar a conocer el contenido de tal símbolo, porque no lo recuerdo. A su muerte no se le pudo encontrar, ni siquiera, por cuanto recuerdo, cuando se quitó el hábito, porque quizá había encontrado modo de destruirlo, para que no fuese visto por ninguno de los que debían cuidarlo» (*Deposición canónica del Ven. Norberto*, en *Fonti storico-biografiche di san Gabriele dell'Addolorata*, Edizione critica a cura di Natale Cavatassi, C.P. e Fabiano Giorgini, C.P., Edizioni "Eco" 1969, p. 133, línea 20).

⁵ No se recuperó todo el texto. Una parte de las hojas del cuadernillo que llevaba sobre el pecho, fue arrancada. Tal vez era la parte más importante, pues probablemente contenía los artículos sobre los Dolores de María (Cf. N. CAVATASSI; *Il "Simbolo Mariano" di S. Gabriele dell'Addolorata ...*, p. 104)

⁶ Ver la historia de estas ediciones en N. CAVATASSI, *Il "Simbolo Mariano" di S. Gabriele dell'Addolorata* en *San Gabriele dell'Addolorata e il suo tempo*, Studi, Ricerche, Documenti. Editrice "Eco" 103-105, San Gabriele, Teramo, 1961, pp. 122-150.

⁷ N. CAVATASSI, *San Gabriele dell'Addolorata e il suo Tempo*, Studi, Ricerche, Documenti, Editrice Eco, San Gabriele, Teramo, 1961, pp. 122-150.

⁸ Probablemente se escribió a fines de 1861. Las pistas cronológicas son las siguientes. El voto de propagar la devoción a los Dolores se coloca por los años 1860-61. Inmediatamente después de emitir este voto, el Santo procedió a redactar el texto. La negativa del permiso para copiarlo en limpio con la propia sangre debe datarse de la última época de la vida del Santo (1861). Por ello, la fecha más probable corresponde a los meses entre final de 1860 y todo el año 1861. Por entonces el santo estaba cursando la última etapa de los estudios de Teología.

⁹ Las siete partes las ha dividido el P. Cavatassi en la edición crítica del Símbolo, de la siguiente forma: I-Privilegios marianos; II-Las virtudes de la Virgen; III-La maternidad espiritual de María; IV-La maternidad espiritual que se extiende a las almas del purgatorio; V-La

el voto que había hecho de difundir la devoción a los Dolores de María. El autógrafo es un texto incompleto¹⁰. A pesar del juicio altamente favorable que mereció el escrito a los miembros de la revisión canónica, no ha sido valorizado como notable pieza mariológica hasta tiempos muy recientes¹¹.

De este Credo o Símbolo mariano se ha dicho que es «una colección de alabanzas a María»¹². Se ha notado que es «el testimonio más hermoso de la devoción de san Gabriel a la Virgen»¹³. El P. Cavatassi llega a afirmar que «es un texto que toca los vértices más elevados de la piedad mariana occidental, y en la Historia de la Iglesia tiene sólo un precedente análogo en el celeberrimo *Hymnos Acáthistos* de las Iglesias Orientales»¹⁴.

2. El autor

El Credo no podía ser sino obra de un gran devoto de María. Y San Gabriel lo fue¹⁵. A esta su piedad mariana se había atribuido ya en

mediación de las gracias; VI-La devoción a María, garantía de salvación; VI -Las actitudes interiores de María.

¹⁰ La idea de perfeccionar el texto en una redacción definitiva que llevaría a cabo cuando la escribiese con su sangre, le impidió dejar el Credo en redacción completa. Con frecuencia deja espacios en blanco con la idea de completar más tarde el párrafo introduciendo las citas escogidas. Hay señales de que trabajaba con papelitos sueltos –a modo de fichas– donde tenía copiados los textos que luego incluiría en el lugar apropiado. Así, en la pág. 3 hay un espacio libre de dos o tres líneas, que dejó en blanco para añadir alguna idea. Toda la página cuatro está en blanco. La quinta sólo contiene un artículo incompleto. La octava y la novena tienen también espacios en blanco. La décima sólo lleva escrita una mitad. La undécima está en blanco. La duodécima lleva sólo la dirección del P. Norberto –y de otra mano–. De la decimotercera y decimocuarta sólo quedan algunos rasgos. La decimoquinta y décimosexta, están escritas en caligrafía más cuidada, eran las que llevaba en una bolsita sobre su pecho. Contenían 14 artículos. Un parte de esta hoja está intencionadamente recortada. Con toda probabilidad, a la muerte del santo, alguien la sustrajo por devoción, y no la restituyó nunca. El editor piensa que esta parte que falta correspondería a la sección dedicada a los Dolores de María. (Cf. N. CAVATASSI, *Il “Simbolo Mariano” di S. Gabriele dell’Addolorata...*, p. 104).

¹¹ Los estudios se han publicado en las Actas de dos congresos de estudios gabrielistas tenidos en Isola del gran Sasso en los años 1984 y 1985 (*San Gabriele dell’Addolorata e il suo tempo. Studi, Ricerche, Documentazione*) editados en los años 1986-1987 respectivamente.

¹² Stanislao BATTISTELLI, C.P., *S. Gabriele dell’Addolorata*. San Gabriel, 10 ed. 1970, p. 138. En la primera edición de 1896 llevaba como subtítulo: “Corona di elogi alla Madre di Dio” (*Lettere ed altri scritti Spirituali del Ven. Servo di Dio, Gabriele dell’Addolorata...*, p. 125).

¹³ Fausto POZZI, C.P., *S. Gabriele dell’Addolorata*, S. Gabriele, 1974, p. 206.

¹⁴ N. CAVATASSI, *San Gabriele e il suo tempo*, p. 113.

¹⁵ San Gabriel de la Dolorosa (en el siglo Francisco Possenti), nació en Asís (Italia) el 1 de marzo de 1838. Huérfano de madre a los cuatro años, en 1844 empieza la enseñanza

vida, toda su santidad.¹⁶ El oficio litúrgico del santo se hacía eco de esta persuasión universal: «La Virgen Dolorosa fue para él –en cierta medida– el sentido de toda su vida, y la maestra de toda su santidad, hasta el punto de que los contemporáneos le tuvieron como suscitado por Dios con el fin de que la devoción a la Dolorosa recibiera un singular desarrollo gracias a su ejemplo».

En este marianismo singular de San Gabriel influyó mucho –sin duda– el marco histórico del siglo XIX, con el mensaje de sus grandes apariciones marianas, y de la definición dogmática de la Inmaculada (8.12.1854)¹⁷.

La devoción a María le venía a San Gabriel de lejos. En su casa era muy venerada una imagen de la Dolorosa. Al quedarse huérfano de madre a la edad de tres años, la Virgen empieza a hacer las veces de madre. En Spoleto, a donde se traslada su familia en 1841, hay muchos lugares de gran renombre mariano. En la catedral se venera una antiquísima *Santa Icone*. Los PP. Servitas fomentan la devoción a la

primaria en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Después de su primera comunión (1850) frecuenta el liceo de los Jesuitas de Spoleto. A raíz de una primera enfermedad grave, piensa en hacerse religioso, pero no lleva a la práctica su piadosa decisión. En una segunda enfermedad decide entrar entre los jesuitas, sin poner por obra su buen deseo. El 22 de agosto de 1856, octava de la Asunción, en la solemne procesión de la *Santa Icone de Spoleto*, la Virgen le llama a la vida religiosa. Dejando su vida mundana, pide ingresar entre los pasionistas. Entra en el Noviciado de Morravalle (Italia) el 10 de septiembre de 1856. Viste el hábito el 21 de septiembre del mismo año, y el 22 de septiembre de 1857 emite la profesión religiosa. A los 24 años de edad muere en el convento pasionista de Isola del Gran Sasso el 27 de febrero de 1862. Se introduce su causa de canonización en 1891. En 1908 es beatificado, viviendo todavía su Director espiritual el P. Norberto de Santa María. El 13 de mayo de 1920 es canonizado. «Difícilmente se hallará una existencia más enraizada en la devoción a María, más unida en sus destinos a la Santísima Virgen, y más en íntima dependencia de su protección verdaderamente materna» (Cf. BENITO DEL MORAL, *Almas marianas*, Madrid 1954, p. 19).

¹⁶ «A la intervención maternal de Nuestra Señora hay que atribuir en Gabriel, desde su actuación vocacional hasta su popularidad de Santo Taumaturgo» (E.S. GIBERT, *Sobre las cumbres del Gran Sasso*, Madrid 1973, 47, nota 68).

¹⁷ Cuando nació Gabriel en 1838, hacía sólo ocho años que había tenido lugar en París la aparición de la Milagrosa. Contaba cuatro años de edad, cuando en 1842, acontecía en Roma la sensacional conversión del judío Alfonso María de Ratisbona. En 1846 –Gabriel contaba a la sazón ocho años de edad– toda Europa se sorprende con la visión de la Virgen de La Saleta cuyos destinatarios eran Maximino y Melania. Gabriel tenía dieciséis años cuando el B. Pío IX definió la Inmaculada Concepción. Poco después, en Lourdes se dejaba ver la Inmaculada Concepción. El mismo año de su muerte –1862– el 18 de enero tenía lugar la aprobación oficial de las apariciones de Lourdes. Este ambiente mariano favoreció la eclosión de genios religiosos profundamente influenciados por la acción de la Virgen María. San Gabriel de la Dolorosa fue uno de ellos.

Los tres últimos años de su vida transcurrieron en un convento de larga historia mariana. *Isola del Gran Sasso* poseía un convento fundado por San Francisco, donde se dio culto a la Inmaculada antes que en ningún otro lugar de Italia.

Dolorosa. Los Hermanos de La Salle, en cuyo colegio estudia Gabriel, forman su corazón en un gran amor a la Virgen. En el liceo de los PP. Jesuitas conoce la Congregación Mariana y se agrega inmediatamente a ella. Uno de sus profesores en el liceo jesuita le escribió desde Roma una carta donde se contenían frases de exhortación mariana como las siguientes: «Este año es el triunfo de María Inmaculada. Procúrate una imagen que represente este singularísimo privilegio, colócala en la pared de tu habitación, arrodíllate a sus pies y con gran afecto, pon toda tu alma y este asunto [el de la vocación] en sus manos. Pídele, insiste para que te dirija amorosamente, te ilumine y te preserve de los engaños del demonio. Pídele continuamente perdón de tus infidelidades. Recuérdale que Ella es tu Madre; que tú no eres tuyo sino de Ella, y que como cosa suya disponga de ti y te ponga en el camino que te lleve al paraíso. ¡Oh qué buena y amante es María!».

Una obra de santidad tan perfecta como la que realizó la Virgen en San Gabriel no podía permanecer oculta bajo el celémín de una historia sin memoria. Ella, que cantó en su Magnificat la gloria futura con que Dios la había de recompensar, proporcionó también a su devoto un renombre singular. «Desde su beatificación y canonización – escribió Juan XXIII– aquel joven brilla en la Iglesia como una nueva estrella, enseña con el ejemplo a los fieles y protege con su intercesión a sus devotos»¹⁸.

La gloria póstuma de san Gabriel es un fenómeno bien llamativo. La canonización del santo pasionista desencadenó en la Iglesia un anhelo imitativo de su santidad que se ha eclipsado tras el Vaticano II, pero a lo largo de la primera mitad del siglo XX fue uno de los fenómenos más influyentes en el fomento de la piedad mariana de la juventud. Y hay que reconocer que esa su ejemplaridad fue extraordinariamente benéfica para la Iglesia¹⁹. El marianismo juvenil de la prime-

¹⁸ Este estudiante pasionista fue el primer santo joven canonizado en la Iglesia después de la triada jesuita de San Luis, San Estanislao y San Juan Berchmans. Hacía varios siglos que no subían a los altares jóvenes que ofrecieran el modelo de continuidad con la santidad joven de tiempos antiguos. Y ese ejemplo era necesario. San Gabriel abre la serie. Cuando fue beatificado en 1908 todavía no se había introducido la causa de Teresita de Lisieux. San Gabriel fue canonizado en 1920 y la santa de Lisieux no era todavía beata. La glorificación del joven santo pasionista provocó un numeroso ejército de émulo. El año 1923 tenía lugar la beatificación de Teresita; el año 1925 su canonización. Luego ha venido la pléyade de santos jóvenes que es la gloria del presente siglo.

¹⁹ Desde la beatificación en 1908, fue grande el influjo de Gabriel en las Casas de Formación. No había en aquellos años Noviciado, Escolasticado, Seminario, o internado católico donde no se leyera la biografía de San Gabriel. Los hermanos de La Salle lo consideraban como un aventajado ejemplar de la educación impartida en sus colegios. Los jesuitas propagaban su conocimiento como antiguo discípulo del Liceo de Spoleto. San

ra mitad del siglo XX se nutría de la lectura de San Gabriel, porque en él veía plasmado el mejor modelo de una piedad mariana seriamente vivida y dotada de un singular valor cristocéntrico²⁰. «Ad Jesum per Mariam».

3. La cima de una experiencia mariana única

La composición del Credo Mariano señala en la vida de San Gabriel la cima de una experiencia mariana muy singular que empezó con su vocación. La llamada a la vida religiosa la recibió Gabriel en una manera milagrosa, cuando en la octava de la Asunción (22.8.1856) oyó que la sagrada imagen le interpelaba claramente con estas palabras: «¡Francisco! ¿Qué haces en el mundo? El mundo no *es* para ti. ¡Sigue tu vocación!». La llamada divina le llegaba de labios de María. Desde aquel momento la experiencia vocacional dejaba su vida marcada para siempre con un auténtico sello de marianismo. La Virgen, que le llamaba a la vida religiosa, le ayudaría a mantenerse perseverante en ella, y lograr un nivel de heroico radicalismo.

El día 6 de septiembre del mismo año 1856 abandonó Spoleto para ingresar en la Congregación Pasionista. Al día siguiente llegó a Loreto. Allí pasó el día 8, solemne fiesta de la Natividad de María. En aquel santuario mariano y en tan solemne fiesta reflexionó sobre lo vivido desde la milagrosa llamada y decidió responder con toda generosidad a la Virgen en la nueva vida que iba a emprender. En el Noviciado cambia su nombre de bautismo (Francisco) toma el de *Gabriel*, en recuerdo del arcángel que anunció a María su divina maternidad. Como apellido religioso, escogió un título mariano –el más vinculado con la espiritualidad de la Congregación en que va a ingresar– la *Dolorosa*. Desde entonces la historia le conocerá con este nombre doblemente mariano, *Gabriel de la Dolorosa*. La vestición del hábito tiene lugar el día de los Dolores de María (21 de septiembre).

Gabriel se convirtió en el modelo de los jóvenes aspirantes al sacerdocio en la difícil etapa de su formación.

²⁰ El concepto que de san Gabriel se tenía en la Iglesia preconiliar se transparenta bien en un detalle del año 1962 en que se abrió el Vaticano II. El mismo día en que se celebraba el centenario de la muerte del Santo (27 de febrero) Juan XXIII presidió una sesión de la Comisión Central Preparatoria del Concilio. El papa aprovechó la coincidencia para hablar así a los miembros de la Comisión: «En este sencillo acto de nuestra presencia entusiasta en la continuación de la preparación del Concilio, deseamos encontrar nuevos auspicios de fervor al conmemorar hoy el centenario de la muerte de la selecta flor de la Congregación de los Padres Pasionistas, San Gabriel de la Dolorosa que San Pío X y Benedicto XV ofrecieron a la veneración de la Iglesia universal» (*Ecclesia*, 1962, vol. I, p. 299).

Una fuerte convicción guió a Gabriel desde su Noviciado, a lo largo de toda su existencia religiosa: que María es el medio imprescindible para llegar a Jesús y ser llevado por él a la Trinidad.

Desde esta inquebrantable persuasión, se empleó a fondo para hacer de su vida una imitación perfecta de la Virgen. Leyó lo mejor de la espiritualidad mariana que encontró en el Noviciado. Pero, sobre todo, se entregó al fiel cumplimiento de sus obligaciones de clérigo pasionista. Para él la meta de la santidad y la mediación mariana para alcanzarla fueron consideradas como un todo inseparable. El no disoció existencialmente a María, de Jesús, ni de la Trinidad. Ya estaba diseñado el proyecto sobrenatural de Gabriel. La santidad del joven pasionista será toda ella obra de María. Así lo afirma la colecta de su fiesta: «¡Oh Dios, que, por medio de María, has honrado a San Gabriel con la gloria de la santidad y de los milagros!». Pero fue un proceso lento y paulatino. Conforme alcanzaba las metas de la marianización de su vida, sintió anhelos de nuevas entregas. Hizo voto de promover la devoción a los Dolores de María. Quiso grabar sobre su pecho el nombre de María. En este ambiente, y cuando su experiencia mariana llegaba a la cumbre, decidió componer el Credo Mariano.

4. El contexto místico-mariano del Credo

La vida mística de San Gabriel se inicia cuando a los 18 años de su vida, tiene la milagrosa locución del icono mariano de Spoleto. Por la conexión inseparable que suele mediar entre las locuciones y las visiones, es muy probable que aquella locución de tan decisivo influjo en la vida del joven Possenti se viera acompañada de una visión de la Virgen. Este episodio marca el inicio de la vida mística de Gabriel. Esta iniciación primera se completó luego con la difícil y precoz entrada en la pasividad mística. Estos hechos son de gran importancia en el itinerario espiritual de San Gabriel hacia la redacción del Credo.

Cuando ingresó en el Noviciado, fuertemente impresionado por la llamada de la Virgen, y el aborrecimiento de su vida mundana precedente que le hizo desoír tres veces la llamada divina, le embargó un fuerte anhelo de expiar sus pecados y darse a una vida de penitencia en el nuevo camino que emprendía con la toma de hábito. Esto explica el fuerte sentido ascético de los primeros tiempos de su vida religiosa.

Para confirmar el voluntarismo de los primeros tiempos de su itinerario espiritual basta leer los propósitos compuestos en los primeros años de su vida religiosa. En cuarenta resoluciones había condensado toda la espiritualidad del *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* del jesuita P. Rodríguez, uno de los autores más puramente ascéticos

de la literatura espiritual moderna. Pero la espiritualidad de la Congregación en cuyo seno ingresaba era de orientación mística y tendía a la pasividad desde una actitud de entera sumisión al divino querer. No fue fácil a San Gabriel dar aquel viraje. El terrible conflicto interior producido por este cambio tuvo –sin duda– su repercusión en el colapso de su salud, que degeneró en la tisis pulmonar que acabó con sus días.

¿Cómo se verificó en Gabriel este decisivo cambio? De una manera sencilla. Fue la total entrega a María y su actuación maternal la que facilitó en su espíritu la adopción de las disposiciones propias de la contemplación infusa y la subordinación de todos sus anhelos al simplicísimo y místico deseo de no querer sino lo que Dios quería. A partir de esta evolución el absoluto de San Gabriel es el querer de Dios. Las palabras que cierran su última carta son éstas: «Dios lo quiere así – así lo quiero también yo». Este difícil y doloroso cambio evidencia hasta qué punto es la Virgen María la Madre de la mística cristiana cuando lleva a las almas –mediante la acción del Espíritu que en ella habita plenamente– a morir a lo natural y renacer a lo místico sobrenatural que se manifiesta en la vida según el Espíritu.

En esta etapa mística que empieza de manos de la Virgen tiene lugar –sin duda– el conjunto de experiencias marianas que le inspiraron a componer su Credo.

5. El contenido

La impresión primera que produce la lectura del texto es de algo inconexo por la yuxtaposición de proposiciones sueltas²¹. Según la edición crítica, el texto tenía una articulación en siete partes de siete artículos cada una, siguiendo el esquema de los siete dolores de la Virgen

Analicemos en conjunto el contenido del Credo²²

La Divina Maternidad

La fe en el misterio mariano fundamental que es la divina maternidad de María aparece formulada de la siguiente forma:

Creo que la dignidad de ser Madre de Dios es, en su género, infinita. Y que tu estado fue el sumo que puede darse en una pura

²¹ Esta falta de conexión se debe al hecho de que el Santo no pudo realizar la refundición definitiva de sus textos.

²² La traducción del texto es de D. Paulino Canto.

criatura. Y confieso con S. Buenaventura que ser Madre de Dios es la máxima gracia concedible a una pura criatura: es la más grande [gracia] que Dios puede otorgar. Dios puede hacer un mundo mayor, un cielo más espacioso; pero no puede hacer nada mayor que [ser] la Madre de Dios.

Creo que lo próximo a ser Dios, es ser la Madre de Dios. Y, por consiguiente: no podrías estar más unida a Dios, a no ser que te hicieras Dios (Alberto Magno), y tan excelsa es tu perfección que sólo a Dios está reservado conocerla.

Como se ve, no se describe la esencia del dogma sino que se desarrollan algunas derivaciones doctrinales acerca del gran misterio. Llama la atención –sin embargo– la sobriedad y la finura de los enunciados, lo mismo que la seguridad doctrinal que su autor posee.

La plenitud de gracia

De la divina Maternidad se deriva la plenitud de Gracia que María posee. Gabriel resume así dicha verdad:

Creo que Dios te ha dotado, en grado sumo, de todas las gracias y dones generales y particulares concedidos a todas las criaturas

La relación con los ángeles y el cosmos

En dos sencillos enunciados recoge la doctrina mariana sobre el particular:

Creo que tu grandeza es superior a la de todos los Santos y Ángeles. Creo que por ti ha sido hecho todo el universo; y que por tu disposición se mantiene el mundo, al que también tú fundaste, desde el principio, con Dios. Y que por tu amor no destruyó Dios al hombre después del pecado.

La vida histórica de María

Hay un amplio desarrollo de la vida histórica de María en el Credo. Señalamos los puntos esenciales. Empieza con la imposición del nombre de María, cuyo origen y sentido detalla conforme a los libros de piedad mariana del tiempo²³. Igualmente, se detiene en describir la

²³ Confieso con S. Epifanio, Antonino y otros, que tu Nombre descendió del Cielo, y te fue impuesto por orden divina. Reconozco, con S. Antonio de Padua, en tu Nombre las

belleza de María²⁴. Toca también el tema la virginidad de María cuyo sentido y valor ensalza²⁵. De la niñez de María recuerda su inocencia²⁶.

La vida teologal de la Virgen

Singular importancia da el santo en su Credo a la vida teologal de la Virgen. De la fe de María afirma:

Te diré con S. Agustín: tu fe abrió el cielo cuando asentiste al ángel anunciador.

Creo, con Suárez, que tuviste más fe que todos los hombres y ángeles juntos; y que cuando los discípulos dudaban, tú no dudaste. Te llamaré, con S. Cirilo: cetro de la fe ortodoxa.

En cuanto a la esperanza afirma:

Creo que eres la Madre de la Santa Esperanza; y el modelo de la confianza en Dios.

Donde se detiene con mayor interés es en el amor de María a Dios y al prójimo:

Sobre el amor de Dios confiesa:

Creo que sólo tú cumpliste el precepto: “amarás al Señor [...]”, y que tú, desde el primer momento de tu vida, superaste el amor de todos los ángeles y hombres hacia Dios; y que los benditos serafines podían bajar a aprender de tu corazón la manera de amar a Dios.

dulzuras que S. Bernardo aprecia en el Nombre de Jesús: tu nombre, María, es júbilo en el corazón, miel en la boca, y música en el oído.

Creo que después del Nombre de Jesús no existe otro nombre del que la mente conciba tanta gracia, esperanza y piadosa suavidad. Y con vuestro San Buenaventura confieso que no se puede devotamente pronunciar tu nombre sin utilidad del que lo pronuncie. Y creo lo que dijiste a Sta. Brígida: que nadie en esta vida hay tan frío en amor de Dios que, si invocare tu nombre con propósito de arrepentimiento, no se aparte de él inmediatamente el demonio.

²⁴ *Y creo al Señor, que reveló a Sta. Brígida que tu belleza superó a la belleza de todos los hombres y de todos los ángeles. Creo que tu belleza repelía movimientos impuros e inducía pureza.*

²⁵ *Creo, con S. Alberto Magno, que fuiste la primera que, sin el consejo ni el ejemplo de otros, ofreciste a Dios tu virginidad; y después ofreciste a Él todas las mujeres que te han imitado; y que luego fuiste su portaestandarte; y que por ti se conservó virgen tu purísimo esposo José. Y que te mantuviste dispuesta a renunciar, para conservar tu virginidad, con el divino beneplácito, incluso a la dignidad de Madre de Dios. Fuiste virgen antes, durante y después del parto; sin esterilidad fuiste madre, pero virgen.*

²⁶ *Creo que fuiste niña, pero de la niñez sólo tenías la inocencia, no el defecto de incapacidad.*

Creo que era tan grande el fuego que en ti ardía hacia Dios que, colocados juntos el cielo y la tierra, se habrían consumido en un instante; y que todos los ardores de los serafines eran una leve brisa en comparación contigo.

Creo –con S. Buenaventura– que con semejante fuego divino jamás fuiste tentada; y que, en una palabra, como revelaste a Sta. Brígida, sólo pensabas en Dios, y nada te agradaba sino Dios.

Creo que, mientras vivías en la tierra, permanecías constantemente amando a Dios; y que jamás hiciste cosa alguna que no fuera de su gusto. Y que estabas tan llena de una caridad tal y tan grande como pueda percibir una criatura en la tierra, de forma que heriste y robaste el divino Corazón.

En cuanto el amor al prójimo dice:

Creo que amaste tanto al prójimo que no ha habido ni habrá nadie que lo haya amado tanto; por lo que no hay en el mundo criatura que [se te pueda igualar] ... Y que si se unieran el amor que todas las madres tienen a sus hijos, todos los esposos a sus esposas y todos los santos y ángeles a sus devotos, no alcanzan al amor que tu tienes a una sola alma; y que el amor que todas las madres han sentido por sus hijos es una sombra comparado con el amor que nos tienes a cada uno de nosotros.

Creo lo que dijiste a Sta. Brígida: todo lo que pudiste tener lo diste a los necesitados, y nada te reservaste salvo un ligero alimento, y el vestido.

Las virtudes de María

Particular atención dedica a las virtudes de la Virgen.

Ante todo enuncia el principio de que la vida virtuosa de María no estuvo exenta de esfuerzo:

Creo lo que revelaste a la benedictina Sta. Isabel: que no tuviste ninguna virtud sin fatiga y oración

En este ejercicio de las virtudes se detiene, en primer lugar, en el desprendimiento de los bienes terrenos²⁷. Le sigue la atracción por la vida contemplativa²⁸, el amor a la humildad²⁹, y la mortificación³⁰.

²⁷ *Creo que considerabas las riquezas mundanas como vil barro.*

Asunción y Coronación

El curso de la vida histórica de María lo cierra el Credo con la mención de la Asunción y de la coronación de María³¹

Títulos marianos

Entre los atributos de María menciona el Credo la maternidad espiritual de María³², la corredención³³, y la Mediación universal³⁴.

²⁸ *En la vida activa trabajabas, pero sin que el trabajo te apartara de la unión con Dios; en la contemplativa estabas recogida en Dios, pero sin ninguna negligencia acerca de tus deberes.*

Creo con Suárez, Ruperto, S. Bernardino y S. Ambrosio que: incluso cuando tu cuerpo descansaba, tu alma velaba. Y que el sueño no te impedía amar a Dios; por lo que también te pertenece aquello de: “Yo duermo, pero mi corazón vela”.

²⁹ *Creo, según fue revelado a Sta. Matilde, que te sentías tan modesta que, a pesar de poseer todas las gracias, a nadie te preferiste. Y, como dijiste a la benedictina Sta. Isabel, tengo por seguro que te considerabas muy humilde e indigna de la gracia de Dios.*

Creo, oh Madre mía, según lo expusiste a Sta. Brígida, que, mereciste ser destinada a la Maternidad divina, porque pensaste y supiste que, por ti, no eras nada ni tenías nada.

Creo que por tu humildad ocultaste a S. José la divina Maternidad, con vergüenza incluso de considerarlo necesario. Serviste a Isabel, y siempre elegiste el último lugar.

Creo, según dijiste a Sta. Brígida, que tenías de ti misma un concepto tan bajo, porque pensaste y supiste que nada eras ni tenías, y por ello no quisiste tu alabanza, sino sólo la del Dador y Creador Y confieso con S. Bernardino de Siena, que no existió criatura alguna que se haya humillado más que tú. Y que en todo el mundo no existe ni siquiera el más insignificante grado de humildad comparada con la tuya.

³⁰ *Creo que fuiste mortificadísima. Creo lo que dicen de ti S. Epifanio y el Damasceno: que fuiste tan mortificada de los ojos que los tenías siempre bajos, y que jamás los fijaste en nadie.*

³¹ *Te afectó la muerte, pero sin sus angustias y sin la corrupción del cuerpo. Creo, como revelaste a Sta. Brígida: que eres la Reina del cielo.*

³² *Creo que tú eres la madre de todos los hombres y que, en Juan, a todos los recibiste por hijos según la voluntad de Jesús.*

³³ *Creo que eres la Cooperadora de nuestra justificación: reparadora de los hombres; autora de la salvación de los hombres; reparadora de todo el género humano; colaboradora de la redención, la salvadora del mundo.*

³⁴ *Creo que Dios ha dispuesto no conceder nada si no es por ti; que nuestra salvación está en tus manos; y que quien pida sin ti, intenta volar sin alas; creo también que en vano reza a los Santos aquél a quien tú no ayudas; y que todo lo que éstos puedan contigo, tú sola lo puedes sin ellos; y que si tú callas, nadie ayudará; nadie pedirá; orando tú, todos ayudarán y orarán. Y finalmente, te digo con Sto. Tomás: eres toda esperanza de vid; y con S. Agustín : Sólo tu y únicamente tu confesamos que se preocupa en el cielo de nosotros.*

Creo que tu intercesión es moralmente necesaria para nuestra salvación; que todas las misericordias dispensadas a los hombres, nos vienen por tu mediación; y que nadie puede entrar en el cielo si no es a través de ti, que eres la puerta.

Creo que tu intercesión no sólo nos es útil, sino que también moralmente necesaria.

Creo que tú eres la tesorera de Jesús, y que nadie recibe los dones de Dios a no ser por ti; y que, quien te encuentra, encuentra todo bien.

María es contemplada también como pacificadora³⁵, y la que trae la reconciliación de todos³⁶. Es también el principio universal de salvación³⁷. Además, María escucha toda plegaria³⁸.

Madre de misericordia

El atributo que más exalta el santo es el de la misericordia de la Virgen³⁹. Por eso es proclamada como la esperanza de la salvación⁴⁰.

Creo que un solo suspiro tuyo tiene más poder que los sufragios de todos los santos juntos; y confieso con S. Juan Damasceno que puedes ciertamente salvarnos a todos.

Creo que eres la abogada que no rehúsa defender las causas de los pobres miserables. Y con San Germán: “tu defensa es inagotable”.

Creo lo que el Señor dijo a Sta. Brígida: “Si no intercediesen tus ruegos, no existiría la esperanza de la misericordia”.

Sostengo con S. Fulgencio que el cielo y la tierra ya se hubieran derrumbado si tu no los sostuvieses con tus ruegos.

³⁵ *Te contemplo como la pacificadora entre Dios y los pecadores.*

³⁶ *Te diré, con S. Andrés Cretense: “Salve divina reconciliación de los hombres”.*

³⁷ *[Creo] que en el océano de esta tierra quedan sumergidos todos los que no son recibidos en tu nave; que nadie, si no es por ti, tiene acceso a la salvación; y que nadie se salvará si no es por ti; por lo que, con S. Antonino, concluiré: así como es imposible que se salve aquél de quien retires tus ojos misericordiosos, así es necesario que a quienes vuelves tus ojos, defendiéndolos, se salvarán y alcanzarán la Gloria.*

Creo que tu poder actúa en la Jerusalén [celestial] ordenando lo que quieres, e introduciendo allí a los que quieres.

Por ti se abrió el cielo, y se vació el infierno; fue instaurada la Jerusalén celestial; y has dado la vida a los miserables que esperaban la condenación.

³⁸ *Creo que quieres ayudar al que te invoca; das mucho más de lo que se te pide.*

Donde hay miseria allí acudes, allá corres y socorres con tu misericordia. Tú siempre miras en derredor tuyo buscando a quien salvar.

³⁹ *Creo, como revelaste a Sta. Brígida, que eres la reina del cielo, madre de misericordia, el gozo y el camino de los pecadores hacia Dios; y que nadie hay tan maldito que, mientras viva, le falte tu misericordia; y que nadie está tan alejado de Dios que, si te invocare, no vuelva a Dios y encuentre misericordia; y desgraciado quien, pudiendo, no vuelva hacia el misericordioso.*

Creo que eres, tal como declaraste a tu Brígida, madre de todos los pecadores que desean enmendarse; y que suplicas “Misericordia” para el alma pecadora.

Creo que tú eres nuestra vida. Digo con S. Bernardino de Siena que todas las misericordias hechas en el Antiguo Testamento no dudo hayan sido hechas sólo por Dios incluyendo a Jesús; y, después de Dios, te llamaré, con S. Agustín, la única esperanza de los pecadores.

Te creo tal como te vio Sta. Gertrudis, con el manto abierto, dentro del cual se refugiaban muchas fieras, leones, osos, tigres, y que tú no los echaste, sino que los acogías y acariciabas con gran piedad.

Tú eres la esperanza de todos; especialmente, de los pecadores; tú, la ciudad de refugio, y en particular de los privados de todo socorro. Tú eres la protectora de los condenados, la esperanza de los desesperados; y tal como oyó Sta. Brígida, que Jesús te decía: “sería misericordioso incluso con el demonio, si me lo pidiere con humildad”; que no rechazas al pecador por fétido que sea; y si te susplicare, te diré con S. Bernardo, tú le arrancarás del abismo de la desesperación, con mano piadosa.

María es también confesada como madre de la perseverancia⁴¹, y camino seguro de santidad⁴².

Para el final de la vida, la Virgen es consuelo de los agonizantes⁴³. En el purgatorio María es una intercesora poderosa para obtener de Dios la pronta salida del mismo⁴⁴.

Te considero como el cebo dulcísimo creado por Dios para pescar a los hombres, y especialmente a los pecadores, y atraerlos a Él, como Él mismo reveló a Sta. Catalina de Siena. Y, por consiguiente, así como el imán atrae al hierro, así tú atraes a los corazones duros, tal como dijiste a Sta. Brígida.

Tú eres toda ojos para compadecer y socorrer nuestras miserias, por lo que te llamaré como S. Epifanio, “todaajos”; confirmado por lo que entendió Sta. Brígida cuando tú, a petición de Jesús que te dijo: “Madre, pídemelo lo que quieras”, contestaste: “Pido misericordia para los miserables”.

Creo que aquella misericordia innata de tus maternales entrañas que tenías, cuando aún peregrinabas en esta tierra, hacia los miserables, está superada grandemente ahora que reinas en el Cielo, del mismo modo que el sol supera en grandeza al resplandor de la luna, según dice S. Buenaventura. Y así como los cuerpos celestes y terrestres son iluminados por el sol, así no existe en el mundo quien no participe, por medio de ti, de la divina misericordia, según revelaste a Sta. Brígida. Por lo que, con S. Buenaventura, creo que contra ti, Señor, pecan no sólo los que te ofenden, sino también los que no te suplican. Por tanto, estoy persuadido como el mismo santo, de que quien obra en obsequio tuyo, lejos está de la perdición.

Yo creo con S. Hilario que sucederá que, por muy pecador que alguien sea, si se mantiene devoto a ti, jamás perecerá para siempre.

Creo con S. Antonino que no hay entre todos los santos quien se compadezca en las enfermedades como tú, beatísima Virgen María. Tú, te diré con el Abad de Celles, Madre de misericordia, acostumbrabas salvar a aquellos tus hijos a los que la justicia podría condenar.

Creo, como hiciste saber a Sta. Gertrudis, que abres el manto para acoger a todos los que recurren a ti, y que los ángeles atienden y defienden a los que te son devotos contra los ataques del infierno. Te preocupas por los que te buscan, y aún sin pedirte, acudes solícita en su ayuda; y que aquél a quien tú quieres, se salvará.

⁴⁰ *[Creo] que en el océano de esta tierra quedan sumergidos todos los que no sean recibidos en tu nave; que nadie, si no es por ti, tiene acceso a la salvación; y que nadie se salvará, si no es por ti.*

[Creo] con S. Buenaventura que quien te abandone, morirá en sus pecados. Quien no te invoca en esta vida, no alcanzará el reino de Dios; de quienes apartares tu rostro, no serás esperanza de salvación.

Creo que quienes obran según tú, no pecarán; los que te descubren, tendrán la vida eterna. Te reconozco como la celestial timonera que conduces al puerto eterno a tus devotos, rescatados en la navicilla de tu protección, como enseñaste a Sta. María Magdalena de Pazzi.

Y concluiré, con el Abad Guerrico que quien te sirve, está tan seguro del Paraíso, como si ya estuviera en él.

Creo, como dijiste a Sta. Brígida, que, cuando los demonios oyen a María, dejan inmediatamente a las almas, y que eres la salvación de los que te invocan; y que deseas hacernos el bien mucho más de lo que nosotros lo deseamos.

⁴¹ *Por ti recibimos el inestimable don de la santa perseverancia.*

⁴² *Siguiéndote no erraré, rogándote no desesperaré, teniéndote no me caeré, protegiéndome tú no temeré, conduciéndome tú no me cansaré, con tu favor llegaré a ti.*

Por fin , la devoción a María es prenda segura de salvación⁴⁵. Este es en síntesis, el contenido del Credo de San Gabriel.

6. Un “Credo” muy singular

El texto gabrielino se denomina “Credo” por la frecuencia de la expresión “creo” y equivalentes⁴⁶. Es fácil encontrar el modelo del texto en las fórmulas de fe que se han elaborado en la Iglesia, desde los primeros siglos cristianos hasta nuestros días.

El Símbolo de san Gabriel constituye una variedad interesante dentro del género literario de estos credos y confesiones de fe. Su peculiaridad primera está en el carácter personal y no público/oficial de su credo. El texto gabrielino responde a la imagen interior que se había formado de la Virgen, cuyos títulos y grandezas resume en forma de enunciados cortos estructurados a modo de un género interme-

⁴³ *Creo que tú eres la vida de los cristianos y su ayuda, sobre todo a la hora de la muerte, según dijiste a Sta. Brígida, que tú, como madre, les asistes en la muerte, para que reciban consuelo y alivio; y que, como dijiste a S. Juan de Dios, no es propio de ti abandonar a tus devotos en la hora de la muerte.*

⁴⁴ *Creo, como revelaste a Sta. Brígida, que tú eres la Madre de todas las almas del purgatorio, y todas las penas que merecen por los pecados cometidos en vida, a toda hora serán mitigadas de algún modo por tus oraciones. Así que diré, con S. Alfonso, “grandememnte felices y afortunados son tus devotos”.*

S. Bernardino asegura que especialmente libras a tus devotos de las penas del purgatorio; así como lo que Sta. Brígida escuchó que decía Jesús: “Tú eres mi Madre, Madre de misericordia, consuelo de los que están en el purgatorio”.

Creo que tú, estando para subir al Paraíso, pediste y sin duda conseguiste, poder llevarte contigo a todas las almas que se hallaban en el purgatorio.

Creo también, como prometiste al Papa Juan XXII, que los inscritos [en la, cofradía del] Carmen, en el sábado después de su muerte serán liberados del purgatorio.

Pero más felices son tus devotos, porque se les abrirá la puerta del cielo.

Tú eres: la apertura de la Jerusalén celestial, puerta del cielo, feliz puerta del cielo, vehículo que conduce al cielo.

⁴⁵ *Creo con S. Anselmo que aquel por quien tú ruegues una vez, no sentirá el “¡ay!” eterno[la condenación]. Y que tu devoción tiene unas armas de salvación que Dios concede sólo a quienes quiere salvar, como asegura el Damasceno. Por tanto, como S. Bernardo, diré que tu devoción es certísimo signo para conseguir la vida eterna; y con el Beato Alano, que practicar esta devoción [saludarla siempre con el Ave], es una magnífica señal de predestinación para la Gloria.*

⁴⁶ La palabra “creo” aparece 53 veces. Es por mucho la fórmula más frecuente. La expresión “confieso” como sinónimo de la precedente, se utiliza 5 veces. El circunloquio “Os diré”, con igual sentido que las voces anteriores, se repite 5 veces. “Vos sois”, en sentido asertivo, 4 veces. “Digo”, como afirmación de fe, 3 veces, lo mismo que “Os creo”. “Reconozco”, 2 veces. “Concluiré” en el sentido de una *conclusión teológica*, se cita dos veces. Una sola vez aparecen usadas las expresiones: “Tengo (sostengo),” “Tengo seguro (fermo),” “Estoy persuadido” “Os reconozco” (vi ravviso), “Me asegura”; “Creo al Señor que reveló”.

dio entre la confesión de fe y el elogio devoto. Es una “confesión” en el sentido de que exterioriza la interior convicción creyente, en alabanzas amorosas a la Virgen. De ahí que el Símbolo no conste de enunciados de “mínimos” como suelen serlo los credos oficiales que recogen, a modo de artículos de contenido esencial, lo que en todas partes, y siempre se ha creído en la Iglesia. El Símbolo Mariano de san Gabriel no tiene el valor dogmático de las confesiones de fe infalible, ni tiene la pretensión de elaborar un credo comparable con dichos símbolos. Es una serie de enunciados que expresan las convicciones personales del santo atribuyendo a la Madre de Dios todo lo mejor que un devoto puede pensar como digno de la más excelente criatura. Entre lo esencial y universal de lo que es obligatorio para todos, y la piedad singular que acepta con asentimiento de fe determinados enunciados, hay una gama amplísima de matices en las verdades mariológicas⁴⁷.

La segunda característica del Credo gabrielino es su temática mariana. En su confesión de fe san Gabriel atribuye a María todos aquellos privilegios que la piedad de los santos Padres⁴⁸, los Doctores⁴⁹, los Santos⁵⁰, los teólogos⁵¹, las personas dotadas del carisma de revelaciones privadas⁵², y la devoción popular atribuye a María. Como en siglos pasados los individuos y las colectividades confesaban como digno de fe, y hacían voto de defender hasta la sangre verdades como la Concepción Inmaculada de María, su Asunción a los cielos, o en la actualidad, muchos devotos de la Virgen la creen Mediadora de todas las gracias, corredentora, etc., san Gabriel fue enunciando en hermosas proposiciones la rica doctrina patrística y de los autores marianos an-

⁴⁷ El verbo en primera persona “creo” que se antepone a los diversos enunciados de los credos oficiales tiene una estructura especial. Las verdades confesadas son las comunes a toda la Iglesia. De esa fe comunitaria y social, los credos confiesan lo común a todos en la Iglesia. El “creo” de San Gabriel tiene un acento personal diferente. Confiesa, no sólo lo que todos creen, sino lo que a él el don de piedad le hace creer como segura vivencia personal del misterio –también personal– de María.

⁴⁸ Entre los Padres aparecen citados en el Credo: Hilario, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Andrés de Creta, Epifanio, Cirilo de Alejandría, Germán de Constantinopla, Fulgencio de Ruspe, Juan Damasceno, Efrén de Nisibe.

⁴⁹ Además de los citados en la nota anterior, están: San Bernardo, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, San Antonio de Padua, San Alfonso de Ligorio.

⁵⁰ San Bernardino de Siena, San Antonino de Florencia, San Juan de Dios, B. Alain de la Roche.

⁵¹ Guerrico, Ruperto de Deutz, Bernardino de Bustis, Ricardo de San Lorenzo, Conrado de Sajonia, Juan XXII, Raimundo Jordán, Justino de Miechow, Luis de Blois, Francisco Suárez.

⁵² Santa Brígida, Santa Matilde, Santa Gertrudis, Santa Isabel de Schônau OSB, Santa Catalina de Siena, Santa María Magdalena de Pazzi.

tiguos y modernos, hasta el más cercano a su siglo, san Alfonso María de Liguori. La concentración en el misterio de la Virgen es lo que le merece el título de Símbolo o Credo mariano. El Credo se centra en lo divino de María, que constituye el verdadero objeto de la fe. Al mismo tiempo, subraya lo mariano de Dios en la historia de la salvación. Como la humanidad preñante de la Madre envuelve el ser humano del Hijo de Dios, así, la confesión de fe mariana incluye la fe en el Hijo divino. La concentración mariana no es exclusión cristológica o trinitaria del misterio de Jesús.

7. Lo incomunicable de la experiencia personal de la fe

El Credo Mariano surge en la vida de Gabriel como un acto de personalización de los credos dogmáticos oficiales, en una vivencia peculiar del misterio mariano. Por eso, para entender el género literario tan especial de su Credo hay que distinguir entre los actos de fe íntimos y personales, y las confesiones de fe públicas, oficiales y colectivas.

La fe es un acto siempre personal de adhesión a la verdad revelada. Aunque acontece en el ámbito de la intimidad personal, por su orientación a la profesión pública y comunitaria, el acto de fe personal, no recibe una formulación particular que exprese lo personal de dicho acto, sino sólo lo universal y colectivo. Así las profesiones de fe que han surgido en la Iglesia son todas comunitarias. Esta fe común y colectiva se expresa en diversidad de formulaciones. Se dan fórmulas simples y fórmulas más desarrolladas, pero con una intención igualmente universal de expresar toda la fe, al modo social y grupal de lo comunitario. A veces las confesiones de fe se centran en algunos aspectos más concretos que forman como una unidad homogénea de enunciados. Tal es el caso del *Quicumque*, cuyo núcleo es el dogma trinitario. Tales son también las confesiones neotestamentarias de tipo formalmente cristológico. Aunque –como se ha dicho– las confesiones de fe recogen aquellas verdades fundamentales que son de fe para todos los creyentes, hay casos en los cuales, personas aisladas o grupos de personas pronuncian un acto de fe sobre verdades no definidas, y que –por tanto– no se imponen como de fe. Tal fue el caso de los que profesaban creer en la Inmaculada antes de la definición del 8.12.1854, o la Asunción de María. En esos casos se llegó a veces hasta actos de fe con un compromiso de martirio, como en los votos de sangre. Esta lista de verdades no conoce límites. Todas las verdades que no entran en conflicto con la revelación, y son aceptadas como piadosas creencias, pueden ser elevadas a actos personales de fe. Se

puede creer en la Corredención mariana, en la Mediación Universal, en la impecabilidad de María, en la ciencia beatífica de la Virgen, etc., etc.

En estos actos individuales de fe en verdades que no se imponen como de fe, es de suma importancia determinar la fuente íntima de donde brota la necesidad de formular en forma personal una realidad objetiva de fe codificada en fórmulas universales y colectivas. Ante todo, se da la realidad de que la fe objetiva y universal, cada fiel la vive subjetivamente y la expresa a su modo. No hay dos fieles que crean de modo igual la común fe. En este sentido, el Credo de San Gabriel es un fenómeno de personalización de la fe común. Pero hay casos en los cuales, lo que se cree no se limita al símbolo de fe, sino que se añaden nuevas y más numerosas verdades. Los actos de fe configurados por un símbolo común proceden –como tales– de la virtud teológica de la fe. Los actos más personales e íntimos, brotan de una fuente oculta que es la vivencia personal única, cuyo instigador y motor superior es el Espíritu Santo mediante la actuación de sus dones, y tiene lugar al modo propio de la unicidad irrepetible de cada existencia personal. No hay duda de que son innumerables los fieles que viven de una fe personal, activada por los dones del Espíritu Santo; mas no son tantos los que concientizan esa dimensión de la unicidad e irrepetibilidad de la persona, y desde los dones místicos. Tampoco son muchos los que logran dar una expresión nueva y personal a las vivencias incommunicables de la experiencia mística. El siglo de San Gabriel fue un siglo de grandes vivencias marianas. Pero sólo él se lanzó a expresar en un credo lo que sentía y vivía de la Virgen en su existencia personal.

8. El motivo formal de fe en el Credo Mariano

¿Cuál es el motivo formal por el cual Gabriel cree en las verdades marianas de su Credo? ¿Dónde se da en tales enunciados devotos la condición de verdades reveladas necesaria para que sobre esos enunciados se apoye un acto de fe?

¿Cómo encaja este texto en las profesiones de fe? ¿Cómo se entiende la fe en los enunciados del Credo Mariano de San Gabriel?. ¿Con qué base dogmática cuenta el santo al pronunciar sobre tan numerosos y diversos aspectos del misterio de María una afirmación de fe? ¿Cuál es la base mística o teológica en que se sustentan las creencias profesadas por el santo como enunciados de fe?

El Credo Mariano de San Gabriel pertenece al orden de credos de temática unificada, desde la perspectiva del misterio mariano. Es,

además, una profesión de fe estrictamente personal⁵³, que versa sobre verdades aún no presentadas por la Iglesia como de fe divina. Estas profesiones están condicionadas por unas opciones personales de muy diferente motivación. No es una profesión de algunas pocas verdades aisladas comúnmente tenidas como de fe entre las personas piadosas y con la perspectiva de próxima definición de fe, al menos, de una posibilidad de semejante definibilidad. Es un credo universal en el cual el misterio mariano se mira en los contenidos muy detallados y especificados. En este Credo está fuertemente presente la convicción de realizar un acto explícito de fe. Para ello es necesario poseer un marco de referencias de pertenencia a la fe lo suficientemente seguro como para aventurarse a expresar la creencia en términos de fe. En este aspecto, el Credo se sitúa en la franja piadosa de la credulidad que –sin ser de objetos definidos– posee una suficiente garantía como para asentar sobre ella una afirmación de fe. Podría pensarse que el Credo no supera ese nivel de numerosos devotos de María que asienten a todas las verdades marianas que se encuentran expuestas en los libros de piedad mariana. Ciertamente, este motivo no está ausente en su texto. Pero, tratándose de un santo cuyas virtudes heroicas han sido reconocidas por la Iglesia, el nivel espiritual en que vive el contenido del Credo es el orden superior de lo místico y no una simple credulidad devota que se queda con lo mejor de las enseñanzas piadosas sobre la Virgen.

Para convencerse de ello es menester insistir en la metodología que rige esta selección de verdades marianas. Ya se ha dicho que el Santo leyó todo lo que en la biblioteca del teologado había de literatura mariana. Más aún, el propio director de los Teólogos había compuesto un tratado de Mariología. Por tanto, el ambiente de estudios era de un cierto rigor y exigencia técnica en Mariología⁵⁴.

Prescindiendo de los contenidos, veamos algunos aspectos de su metodología.

Todos los enunciados están justificados por algún razonamiento teológico o la autoridad de algún autor famoso. En la selección de los enunciados, Gabriel prefiere los testimonios basados en santos que se han distinguido por su ciencia –doctores– y su preferencia mariana,

⁵³ El autor de la edición crítica excluye toda finalidad de difusión pública del escrito gabrielino (Cf. N. CAVATASSI, *Il “Simbolo Mariano” di S. Gabriele dell’Addolorata...*, p. 115).

⁵⁴ El editor crítico del Credo niega explícitamente que se den contactos literarios entre la Mariología del P. Norberto y el Credo de San Gabriel (Cf. N. CAVATASSI, *Il “Simbolo Mariano” di S. Gabriele dell’Addolorata...*, p. 106). Pero no se puede excluir una inspiración común. Sin duda, el santo se vio lanzado a componer su credo, siguiendo el ejemplo del Director del Teologado.

por ejemplo, San Bernardo, San Buenaventura.

En segundo lugar vienen los grandes teólogos que han contribuido más en particular al desarrollo de la común fe mariana. Tal es el caso de Guerrico, el abad de Celles, Raimundo Jordán, Suárez.

Junto a los doctores, los teólogos y los Santos, vienen las personas dotadas del carisma de revelaciones privadas. Son las más numerosas. Santa Brígida, Santa Matilde, Santa Gertrudis, Santa Isabel OSB. Esta preferencia da a entender con qué instinto espiritual realizaba el santo la selección de las proposiciones. Era la congenialidad de su mundo mariano interior, con las afirmaciones de las personas que sentían lo mismo que él. Era un criterio de congenialidad espiritual.

Este instinto de congenialidad le guió en el intento original de reducir a síntesis todas las verdades marianas que ocupan la franja de la pía credulidad que separa la mariología crítica de un Windenfeld, o la fría teología mariana especulativa de algunos autores católicos.

Se podría decir que el ámbito teológico del Credo es formalmente la experiencia mariana desde el don de la piedad. El fundamento de sus enunciados está en esa vivencia personal del que los ha reducido a un credo.

9. Carácter estrictamente personal

¿Con qué finalidad lo compuso el Santo? El hecho de haber querido escribirlo con su sangre y llevar un trozo del mismo sobre el corazón denota su finalidad estrictamente personal. Esto crea –como ya hemos dicho– una variante muy original entre las confesiones de fe utilizadas en la Iglesia con una finalidad estrictamente colectiva y grupal, y las expresiones de fe personal que dan salida a las convicciones no impuestas como de fe dogmática. En este sentido la composición del Credo tenía en san Gabriel una doble finalidad. En primer lugar debió de sentir una presión interior que le llevó a dar expresión al mundo de convicciones interiores sobre las maravillas del misterio mariano. Es sabido que la intensidad de las vivencias interiores busca su salida expresiva en muy variadas formas. Una de ellas es la escritura. La pérdida del cuaderno autobiográfico del santo, quemado por expresa petición del mismo poco antes de morir encuentra una compensación en este texto en que es muy fácil seguir sus preferencias espirituales. No habla, por ejemplo, de la Inmaculada, siendo así que conoció su definición dogmática cuando tenía 16 años. Tampoco habla de la Asunción, cuya fiesta se celebraba en la Congregación pasionista con gran solemnidad, precedida de una cuarentena de prácticas piadosas. La preferencia por el motivo de la misericordia debía de recordar-

le su conversión por la llamada de María en una locución sobrenatural el 22 de agosto de 1856. La insistencia en el motivo de las virtudes de María tiene su razón de ser en una práctica mariana de tipo seriamente imitativo.

Otra motivación importante a la hora de pasar al papel sus convicciones de fe sobre la Virgen fue la de tener a mano un resumen de todos los títulos y grandezas de María. En este sentido le había precedido su propio Director Espiritual, autor de una devota Mariología que recogía gran número de textos patrísticos sobre la Virgen.

Pero tal vez el principal móvil interior que le lanzó a componer su Credo no tenía una explicación a nivel de conciencia clara. Era un impulso más fuerte que él. Era un fuego interior que no podía retenerlo sin darle salida al exterior bajo la forma de un texto escrito. Con fuerza análoga los grandes artistas se ven impulsados a crear. Un parecido impulso interior incoercible llevó también a los autores inspirados a componer sus textos, cuyo sentido se descubriría en la recepción de la comunidad creyente a la cual destinaba tales escritos. En otras palabras, el impulso interior que llevó a san Gabriel a redactar su Credo tenía mucho que ver con su misión de suscitador de la devoción mariana en el siglo XX⁵⁵. Con razón ha sido llamada dicha centuria *saeculum marianum*; y san Gabriel fue uno de los santos que más decisivamente influyeron para que en el curso de éste se viviera tan intensamente la piedad mariana, especialmente en la juventud⁵⁶. La redacción de su Credo tenía mucho que ver con esa su misión de santo mariano, suscitador de la piedad mariana en los jóvenes de la primera mitad del siglo XX. La redacción del Credo era un efecto primero de aquel voto suyo especial, de propagar la devoción a los Dolores de la Virgen que se ha mencionado ya. Para propagarla tenía que conocerla. Para hablar de la Virgen, tenía que tener a mano un bosquejo completo de los títulos y grandezas de María. Así nació el Credo Mariano.

10. Actualidad del Credo

¿Qué lugar ocupa en la Mariología actual la síntesis personal de san Gabriel en su Credo Mariano? El editor crítico y comentarista del mismo se inclina a creer que el Santo pertenece –teológicamente– a la

⁵⁵ El editor crítico del Credo cree que la conservación y publicación del Credo se relacionan implícitamente con el voto de propagar la devoción a la Virgen (Cf. N. CAVATASSI, *Il “Simbolo Mariano” di S. Gabriele dell’Addolorata ...*, p. 115).

⁵⁶ El fervor por la santidad joven que se encendió a principios de siglo y caldeó los corazones de los jóvenes en período de formación, tuvo su mejor modelo en san Gabriel de la Dolorosa.

corriente que en el Vaticano II se llamó maximalista, pero «con tanto equilibrio y tacto, con tal apertura a la armonía de los dogmas, con tal atracción por el misterio de Dios, con tal adhesión a Cristo, y con tal atención al pensamiento de la Iglesia, que parece anticiparse a los nuevos tiempos y a la nueva teología mariana»⁵⁷.

Al referirse al marianismo del santo pasionista –según las palabras pronunciadas en el centenario de su muerte– el B. Juan XXIII se fija de modo particular en el testimonio de una piedad mariana autenticada por la práctica de las virtudes⁵⁸. Sin embargo, ni la clasificación del Santo entre los mariólogos maximalistas, ni su reducción al rango de un puro testimonio mariano confirmado por la vida virtuosa, hacen plena justicia a la imagen mariológica del santo que emerge de su Credo Mariano. La verdad es que el Credo ofrece auténticas aportaciones en el campo estrictamente teológico.

En primer lugar estamos ante un tipo nuevo de *credo* o *profesión de fe*. Este Credo es una profesión de fe viva y personal. Nada tiene de convencional, sino que es de una gran originalidad. No es un texto de contenido objetivo, universalmente normativo. Es una confesión individual, de uso privado, no destinado a la publicidad. Por esto mismo, no es oficial a ningún nivel eclesiástico. No tenía su autor investidura alguna para darle tal rango. No es genérico ni de tenor esencial al modo de todos los credos desde el Símbolo Apostólico hasta el reciente “Ad tuendam fidem” de Juan Pablo II. Es un Credo amplio, desarrollado, minucioso, detallado hasta la última concreción piadosa. En el campo de las formulaciones de la fe, San Gabriel testimonia la originalidad de una fe personalizada, vivida desde la unicidad irrepetible de todo creyente. No hay dos fieles que crean del mismo modo. San Gabriel es un santo mariano de características únicas. Y también lo es su Credo. La fe objetiva es una realidad universal y de todos, mas, subjetivamente, cada uno la vive, y la formula, al modo propio. Así es y surge también –original y creativa– la Mariología de los santos y de los místicos.

El Credo de San Gabriel da actualidad al hecho vaticinado por Jeremías (31,34), de una palabra interior presente en el corazón de todos, cuando se realice la Alianza Nueva. Confirma la enseñanza de Jesús, de que todos serán instruidos personalmente por el Espíritu (Jn.

⁵⁷ N. Cavatassi, *Il “Simbolo Mariano” di S. Gabriele dell’Addolorata ...*, p. 113.

⁵⁸ Con motivo del primer centenario de la muerte de san Gabriel (1862-1962), el Papa Juan XXIII escribió al P. General de los Pasionistas una carta –*Sanctitatis Altrix*– en que subrayaba el carácter práctico de la piedad mariana del santo: «Resplandeció en san Gabriel una singular devoción a la Virgen Maria, y este amor fue en él un entusiasmo probado con las obras» (*Ecclesia*, 1962, vol. I, p. 297).

6,45) y por tanto, cada uno poseerá un modo íntimo, único y personal de creer, dentro del marco de la misma fe de la Iglesia. Junto a los credos oficiales y colectivos, hay modos de creer personales, y el credo de san Gabriel es una muestra de esa fe personal e íntima.

Aun siendo tan interesante y tan vital este aspecto de las formulaciones personales de la fe, no es la aportación más válida del Credo Mariano de San Gabriel. Más allá de todo lo personal de semejante Credo, hay también aportaciones de orden objetivo y metodológico en el ámbito de la Mariología⁵⁹, y también de la ciencia teológica en general. En el orden de Mariología el Credo de San Gabriel no se sitúa en el ámbito dogmático, que se impone como de fe a todo creyente, y consta de los cuatro dogmas marianos de la Inmaculada Concepción, la Divina Maternidad, la perpetua virginidad, y la Asunción corporal al cielo. El Credo Mariano no es de finalidad dogmática. ¿Pertenece, entonces, al orden de la Mariología científica que profundiza los contenidos de la dogmática mariana? Tampoco es de esa naturaleza. El Credo Mariano no tiene el aire de una Mariología científica racional y abstracta, que desarrolle sistemáticamente y en forma rigurosa, lo implícito de los cuatro dogmas marianos. Su inspiración es otra. En efecto, junto a la Mariología dogmática y la sistemática, hay otra que expone sus contenidos doctrinales como el despliegue interno de los datos marianos concientizados por vía mística, mediante los dones intelectuales del Espíritu Santo. Este conocimiento experimental es también susceptible de una expresión y exposición sistemáticas, en forma analógica a la racional/científica, pero desde una metodología diferente. Es la Mariología mística de base experimental⁶⁰. Es llamativo que el Santo dé tanta importancia al testimonio de los místicos, y de los carismáticos de las re-

⁵⁹ El Credo de San Gabriel es un *Símbolo Mariano*. Por ello, su aportación original está en el campo de la Mariología.

⁶⁰ «Hay, pues, dos fuentes del dogma y del desarrollo dogmático: una fuente *derivada y conceptual*, que son las *fórmulas reveladas*; otra fuente *primordial y real*, que es la misma *Divinidad*. [...]. Correlativamente a estas dos *fuentes* deben existir y existen *dos vías* diferentes de percibir, juzgar y desarrollar el dogma. La primera es la *vía de los enunciados* o fórmulas reveladas, comparándolas entre sí o con los enunciados de la razón, que es en lo que consiste la *vía de raciocinio*. La segunda es la *vía de la Divinidad* misma, con la cual entramos en contacto inmediato por los hábitos de la fe, de la gracia, de las virtudes y dones, que constituye la *vía afectiva*. [...]. De estas dos vías, la primera es la *vía de la razón*; la segunda, es la *vía del corazón*. La primera es la *vía de la lógica*; la segunda es la *vía experimental* o, como hoy suele decirse, la *vía vital*. La primera es la *vía de la Teología especulativa*, de la *Ciencia de los sabios*; la segunda es la *vía de la Teología mística*, o de la *Ciencia de los Santos*». (F. MARÍN SOLA, *La evolución homogénea del Dogma Católico*, Ed. de E. SAURAS, OP, BAC 84, Madrid, 1952, pp. 403-404).

velaciones privadas⁶¹. Esta ciencia mariana de los santos ha sido la que ha hecho evolucionar el dogma mariano. Más que la teología racional, esta es la Mariología que en el curso de los siglos se ha revelado, la más creativa y original. Ésta es la metodología del progreso dogmático que ha culminado en las grandes definiciones, como la Inmaculada y la Asunción, y quizás también la misma maternidad divina de María⁶². El Credo de San Gabriel sistematiza esta metodología.

Marín-Sola expuso la teoría del doble progreso de la teología y del dogma: por vía intelectual, y por vía donal o de experiencia mística. El Credo de san Gabriel codifica las leyes y la metodología de esta vía del progreso de la Mariología por vía vivencial y mística. Con todo lo imperfecto e incompleto que resultó su Credo, y –a pesar de su deficiente realización– no hay duda que en la Mariología ha creado un género literario nuevo y, hasta ahora, único.⁶³

Summary: *In this essay, Prof. Artola exposes the Marian Creed of Saint Gabriel of the Sorrows (1838-1862), in the context of his life and of the Marian fervour of his time. Afterwards the author presents the content of the Marian Creed and its character (a private, non public Creed; a Creed belonging to mystical, non dogmatic theology).*

Key words: Saint Gabriel of the Sorrows, Marian Creed, mystical theology.

Palabras clave: San Gabriel de la Dolorosa, Credo mariano, Teología mística.

⁶¹ Es el mayor número de citas en el Credo: un total de 23 citas están tomadas de revelaciones privadas.

⁶² «Ni la Inmaculada, ni la perpetua virginidad de María, ni la exención de toda culpa actual hubieran sido propuestas como dogmas, de no haber mediado ese sentido de la fe y la experiencia de los santos [...]. Los dogmas todos referentes a María tienen por fuente su digna maternidad divina; y los requisitos o postulados de la “digna maternidad” se perciben mejor con el amante y vivo corazón del hijo que con la fría y seca razón lógica del sabio» (F. MARÍN SOLA, *La evolución homogénea del Dogma Católico*, Edición del P. E. SAURAS, OP, BAC 84, Madrid, 1952, p. 405).

⁶³ El segundo caso de un “credo” personal y mariano se encuentra entre los escritos del místico lasalliano H. Estanislao José. En un texto titulado “Mi Credo” expresa sus convicciones personales sobre la acción de Dios en su vida, y la presencia de María en la misma. Es un escrito bien articulado de 30 puntos. En él ocupa la Virgen un puesto relevante, mas no es un credo de tipo teológico, sino existencial y personal, al estilo de la confianza que en Dios ponían los personajes de AT como Abrahán., y los piadosos salmistas. (Cf. GINÉS DE MARÍA, FSC, *Hermano Estanislao José. Un joven heroico desconocido*, Madrid, 1983, p. 104-107). El influjo gabrielino en el H. Estanislao José es evidente. Murió este Hermano en 1923, y ya en 1920 Gabriel era canonizado. Entre los Hermanos de la Escuelas Cristianas era una lectura muy frecuente la Vida de San Gabriel. Y en la vida del Santo por el P. Anselmo de la Dolorosa (Santander, 1920), en la tercera edición, 1926, está el Credo, en las pp. 341-344.